



# RESEÑAS

# Infancias expiatorias. Violencias insurgentes

Andrés Barba: *República luminosa*, Barcelona: Anagrama, 2017.

Manuela Bertola<sup>1</sup>

Publicado en 2017, la novela *República luminosa* de Andrés Barba, se sumerge en la frontera de lo decible sobre un camino de tierra pantanosa. Avanza con el cuerpo de una crónica orgánica de 192 páginas con una historia que podríamos situar en cualquier punto cardinal próximo a la línea del ecuador donde el calor marca el ritmo de la vida y la densidad del tiempo.

Este autor de origen español nos presenta una crónica de ficción, que bien podría ser el diario de un hombre que nos usa de testigo. Para decirlo en las palabras del texto analizado; “todos tenemos un testigo. Alguien a quien secretamente deseamos convencer, a quien nuestras acciones están dirigidas y con quien no podemos dejar de dialogar secretamente”. En este libro el autor construye una narrativa con múltiples capas geológicas, donde nos involucra en un diálogo sinuoso, incómodo, tolerable pero que, a ratos, se convierte en una comezón ácida entre la belleza, la incomprensión y una autoindulgencia que es compartida, pero que es tramitada bajo el silencio de la individualidad.

Uno pensaría a simple vista que la novela *República luminosa* habla de comunidades que se construyen y se destruyen en simultáneo, de la codificación deformada que da lugar a nuevos lenguajes, de incomprensiones y deformaciones del mundo adulto, lo cual no estaría necesariamente errado. Pero podríamos también sostener que en la obra de Barba se transforma la manera en la cual se piensa la infancia, que el autor logra presionar aquella razón visceral que mantiene las creencias casi religiosas del mundo adulto sobre el mundo de los niños para figurarlas de otro modo, trastornando el sacro pedestal de la ingenuidad, para devolverlo a un juego de luces y sombras, de desprendimientos y admiraciones, donde entre otras cosas hay lugar para pensar fuera de la norma, hay lugar para la seducción del sigilo, para la sexualidad, para el amor, pero también y particularmente, para la violencia.

<sup>1</sup> Universidad Nacional de La Plata  
manuebt@gmail.com



OPEN ACCESS

DOI: 10.5281/zenodo.16133855

Copyright © by  
*Cuestiones Criminales*

This work is licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 International License, which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited. See credit lines of images or other third-party material in this article for license information.

**Citar:** Bertola, M. (2025) “Infancias expiatorias. Violencias insurgentes”, *Cuestiones Criminales*, 8 (15): 255-258.

**POTENTIAL CONFLICT OF INTEREST:** The authors have indicated they have no potential conflicts of interest to disclose.

**PALABRAS CLAVE:** literatura, jóvenes, violencia  
**KEYWORDS:** literature, youth, violence

Podríamos hacer una cruzada entre este y tantos otros libros que abordan la violencia, la deriva juvenil, e incluso la indigencia infantil que no alcanzarían las bibliotecas sobre las cuales volcarse. Con novelas célebres y recursos fílmicos, saltando en una rayuela imaginaria podríamos ir desde *Peter Pan* de James M. Barrie, a *Capitanes de la Arena* de Jorge Amado (1937), e incluso podríamos leerla al lado de trabajos académicos, por ejemplo, junto a Katz (2023), a Matza (2014) o Goffman (2008) y, particularmente, desde el brete que signa a nuestro interlocutor pensando junto a Goodman, Page y Phelps (2024) podríamos posicionarnos en la tensión originaria entre la teoría y la praxis y girar espiraladamente sobre el castigo, esbozando la misma pregunta que aparece una y otra vez en la novela pero que es muy propia de los últimos autores mencionados ¿Por qué y cómo castigamos?

Para formularlo con otras palabras, la historia de niños mendigos que participan o llevan adelante las prácticas más cruentas y más atroces, sanguinarios, asesinos, caníbales, criados por fieras, o simplemente abandonados a la buena de dios, forma parte de la fábula de los grandes relatos de antaño, literarios y científicos. Ese componente disruptivo, de niños que se comportan como adultos sin edulcorar sus prácticas bajo la inocencia esperada o esperable, que entorpecen los corsets analíticos del status quo con novedosas expresiones de violencia, o lo que es peor a veces, de indiferencia, incomoda al mismo tiempo que nos atrae. Lo que queremos decir con esto es que los niños pobres fueron por mucho tiempo, y siguen siendo en la actualidad, un problema.

Quizá como nos alerta Barba desde un principio, leer la infancia junto al tópico de la pobreza no resulta novedoso, como tampoco la endeble frontera entre la pobreza y lo pintoresco, entre la belleza natural y el desahucio mezclado con la suciedad pasiva que no nos desagrade lo suficiente como para incomodarnos. Quizá, por ese mismo motivo, los niños de esta novela rompen la pasividad impuesta, no son condescendientes con la autoridad, se mueven en la sombra de lo normativo, rompiendo lo previsible de la acción de los niños y los pobres.

Porque estos niños, que nadie sabe de dónde han salido y dónde van por la noche, fueron un paso más allá de la pobreza, incluso más allá de la violencia. Y allí es donde la obra cobra cuerpo. Si su cometido se hubiera limitado a narrar la historia de niños mendigos, donde podríamos leer su accionar en la clave de la lucha de clases y opresiones, de colonización e internalización de las injusticias, tensionando el acostumbramiento de ver niños envueltos en frazadas pidiendo monedas en semáforos, hubiera sido más fácil aplicar los procedimientos conocidos, impartir un castigo acorde, reeducarlos. Pero estos niños, los falsos protagonistas del relato, hicieron otra cosa. Barba, los hizo contarnos otra historia.

Los 32 niños que desde el principio sabemos muertos, murieron por culpa de la incomprensión de los adultos, o por llevar demasiado lejos su proeza. Quizás su único destino era ese, la muerte. ¿Su hito? Construir un nuevo marco referencial, codificar mediante el juego su

lenguaje. Fueron más lejos porque inventaron nuevas formas organizativas, unas que nunca terminan de quedar del todo claras, que nunca terminan de entenderse, porque quien narra, aunque se esfuerce por comprenderlas, aunque haya protagonizado y prevalecido a los episodios que dan cuerpo a la novela, sigue sin comprender aquello que hicieron los niños, esa república subterránea donde les negaron el acceso los adultos. Es un hombre admirando una creación infantil con la distancia de la incompreensión. El problema de nuestro locutor quizá sea, que busca dar respuestas en un idioma que no termina de ser el mismo en el que está formulado el problema.

Por eso el autor necesita otros recursos, comparar a los 32 niños con su niña, que no es suya. Que también lo posiciona en la incomodidad de la paternidad del padrastro, que es por momentos confusa y doliente, pero también maravillosa. Necesita hablarnos también del amor entre adultos, porque le intriga saber si esos niños aman, y si aman, no termina de comprender si aman igual que ellos, igual que él. ¿Acaso es odio lo que mueve a los niños a construir una comunidad separada y separable de los adultos? Y si odian, ¿es igual al odio que practican el resto de los adultos?

La conversación a la que nos somete el autor en su crónica, es la conversación íntima, la de un confidente. Es el testimonio que llega durante la noche desvelada y nos sorprende pensando en voz alta, cuando nos asaltan las contradicciones que nos obligan a pensar nuevamente en esa clave civilizatoria que suele empujar a los adultos a avanzar sobre el mundo de los infantes tomados por el deseo de educarlo todo. El autor, entonces, nos lleva a la intimidad de los rituales, la cotidianeidad donde conviven la magia y la ciencia. Por eso, la pregunta por los niños es una pregunta por la vida adulta, el mejor espejo donde mirarse y tomarse revanchas.

El corrimiento de los límites de la razonabilidad y la vuelta sobre su propio eje nos acorrala irremediabilmente hacia la locura. También aparece en este libro bajo la peligrosidad del control, esa locura de los cuerdos que es potencialmente más peligrosa que el desencadenamiento de la locura en los locos, aún más cuando es impulsada por el miedo y por la ira, aún más cuando es colectivizada y sirve de lazo comunitario articulando y direccionando las acciones grupales.

Pero el autor no se queda solo con eso, aborda también las responsabilidades gubernamentales, podríamos decir incluso que habla sobre el vilo de las tensiones y las contradicciones del progresismo. De la cuerda atada al cuello de la política por el temible problema de la infancia junto a la violencia.

Nos habla de la pobreza y los hijos de nadie que cargan con un ADN rastreado en caso de que les toque rendir cuentas frente a las autoridades judiciales. Porque la novela nos habla de la necesidad de ser vistos y de la destreza para desaparecer.

Podrían decir que habla de todo ello, y sería tan correcto como equívoco decir que es solo ello lo que Andrés Barba excreta ante nosotros. Porque este autor, nos presenta una voz quejumbrosa, irresuelta, donde las responsabilidades pesan en el tintero del tiempo, como los 32 niños de la república luminosa, como la transición entre la infancia y la adultez, como el paso del tiempo irremediable y la necesidad, tan de moda últimamente, de usar de chivo expiatorio a la niñez y la adolescencia. Barba hace otra cosa, porque nos presenta un texto visceral, violentamente compuesto para ser leído de un solo asalto, con un vocabulario delicado donde la sangre corre con esmero a los pliegos de piel/papel donde es imposible de enjuagar, donde la costra se vuelve parte del cuero y da lugar a la mayor exclamación de la violencia, violencia que, cual larva, nos corroe internamente, nos incomoda. Y quizá sea porque buscamos entender en ese otro proyectado sobre la infancia, a esa violencia que nos es tan propia, que forma y da cuerpo a la conversación de la que todos somos parte, que insistamos tanto en preguntar por los niños.

### Referencias bibliográficas

Amado, J.: *Capitanes de la arena*, España: Booket, 1937.

Barba, A.: *República luminosa*, Barcelona: Anagrama, 2024.

Goffman, E.: *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires: Amorrortu, 2008.

Katz, J.: *Los encantos del delito. Atracciones morales y sensuales de la maldad* [Trad. Nahuel Roldán], Bernal: UNQ editorial, 2023.

Matza, D.: *Delincuencia y Deriva: Cómo y por qué algunos jóvenes llegan a quebrar la ley*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2014.

Page, J., Phelps, M. y Goodman, P.: *¿Por qué y cómo castigamos? Un nuevo enfoque para entender la justicia penal*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2024.